

Y despues de estas exclamaciones, invocaba cada uno su ciudad natal, y ponian fuego á las casas.

Mucho sentian los mexicanos verse asediados por los españoles; pero les era aun más doloroso el que les ultrajasen los que habian sido sus tributarios.

Cortés para atemorizar más y más á los vencidos, derribó muchas torres y quemó los ídolos.

Incendió asimismo las magníficas casas en que se habia alojado en otro tiempo, y la que en la plazà servia para las aves, casa en la que, como recordarán nuestros lectores, se hallaban reunidos los mejores ejemplares de todas especies.

Los mexicanos veian con pena convertirse en cenizas aquellos suntuosos edificios, y jamas habia pasado por su imaginacion la idea de que nadie hubiera cometido semejante atentado, y mucho ménos que unos cuantos españoles habian de privarles de tantas aves, que para ellos representaban recreo y utilidad.

Entre tanto que ardía el fuego, recogió Hernan Cortés su gente, y comenzó á retirarse.

Los enemigos cargaron otra vez sobre ellos, y mataron algunos de los que, cargados con el botin que habian hallado al saquear las casas, se habian quedado rezagados.

A no ser por los caballos que llevaban los españoles, hubieran tenido que lamentar grandes pérdidas.

Pero arremetiendo contra sus perseguidores, lograron dispersarlos, en tanto que el ejército ocupaba los fuertes que habian construido.

Mucha fué la matanza de este dia; pero fué más horrorosa aún la quema de casas que se hizo.

Dos dias descansaron allí los españoles.

Cortés daba gracias á Dios por los triunfos obtenidos, y al retirarse á conciliar el sueño, no podia imaginar la tempestad que se cernia sobre su cabeza.

## CAPITULO CX.

### Un aviso providencial.



UNCA se ejerce impunemente la superioridad del génio. Jamas los hombres que dominan á sus iguales, por la sola grandeza de su pensamiento, lograron inspirar aquella ciega veneracion, que sin dificultad tributamos á la excelsitud del nacimiento.

Esta anomalía se explica fácilmente.

El uno es un derecho concedido por nosotros.

El otro lo dispensa solamente el cielo.

En aquel reconocemos nuestra fuerza.

En este vemos probada nuestra debilidad.

Obedecemos sin repugnancia al dueño que nos elegimos; pero jamas con gusto á aquel que nos manda por decreto más alto de la naturaleza.

Al levantarse los grandes hombres de todos los siglos, de todos los países, han sido siempre anunciados por el instinto repulsivo de las medianías; presentan éstas aun ántes de probarla, aquella fuerza extraña que debe dominarlas á su pesar; y afánanse por sacudirla, así como el caballo todavía indómito, bota, relincha y huye al aproximársele el hombre, porque la naturaleza pródiga y maternal con todas sus criaturas, le dió, para advertirle del peligro, un ojo de aumento que le presenta con colosales formas el sér inteligente cuya débil mano debe enfrenarle á su capricho.

Para el bien como para el mal, encuentran resistencia tenaz los que nacen con grán capacidad de practicar el uno ó el otro.

Sus actos todos son otros tantos triunfos, porque su vida entera es un perpétuo combate, combate disculpable y aun legítimo, mientras no sea alevoso, mientras sólo presente por espectáculo la resistencia de muchos al dominio forzoso de uno: la vanidad comun, oponiendo un dique al orgullo invasor de la inteligencia privilegiada.

No siempre, sin embargo, se sostiene de aquel modo la lucha.

No emplea en su defensa la multitud únicamente las armas permitidas, y aun bastan alguna vez las del odio, de la calumnia, de las asechanzas pérfidas.

A veces, realizando á su pesar la fuerza que combate, reconoce su propia insuficiencia comprando con el crimen la victoria.

Hernan Cortés, una de las más grandes figuras que puede presentar la historia; Hernan Cortés, que no ha sido elevado á toda su altura ni aun por aquellos desacertados panegiristas que han alterado la brillantez de los rasgos del *hombre*, queriendo dulcificarlo; Hernan Cortés, tipo notable de su nacion en aquel siglo, en que era grande, guerrera, heróica, fanática y temeraria; Hernan Cortés, que hubiera sido un Napoleon si hubiese arrullado su sueño de niño el trueno de la revolucion francesa, y que hoy, más glorioso que Napoleon, se nos presenta con la aureola de la conquista de de un imperio en la nomenclatura de los ilustres vasallos; Hernan Cortés, en fin, debia tener, y tuvo la suerte comun á todos los hombres célebres.

Persiguióle anticipadamente la envidia.

Afanóse por denigrarlo hasta despues de muerto la calumnia, y acechóle la traicion de los que más debian venerarle.

Mientras infatigable el caudilo conseguia tan brillantes triunfos, mientras dejaba impreso con su propia sangre el testimonio de su arrojo, de su valor en aquellos lejanos países, la cautelosa perfidia minaba sordamente su existencia.

Villafraña, uno de sus oficiales, era el jefe del alevoso complot que se tramaba para atentar á su vida.

Muchos de los soldados, alucinados por pomposas promesas, se prestaban gustosos á secundarle en sus infames planes.

El héroe, que milagrosamente habia escapado de las flechas enemigas, estaba, sin sospecharlo, rodeado de traidores.

Con pálido semblante, con trémula mano, que aún empuñaba indignamente un acero de Castilla, salió á su encuentro Villafraña.

Los ojos del águila habituados á los rayos del sol, no se detienen generalmente á examinar los pliegues imperceptibles del reptil que arrastra por el fango su venenoso diente.

Así la mirada penetrante de Cortés, fija constantemente en su porvenir de gloria, no se paró ni un instante en aquella frente marcada ya por las huellas del crimen.

Tembló, sin embargo, el traidor, y en su acento se revelaba la emocion que sentia, cuando le dijo:

—Bendito sea Dios nuestro Señor, que os ha sacado bien de tan récios combates, y ya que el cielo ha preservado la preciosa vida de nuestro querido jefe, dignaos asistir al banquete que para celebrar tanta dicha hemos preparado.

—Me place vuestro convite, señor Villafraña, respondió jovialmente el caudillo. Despues de la lucha sin tregua que venimos sosteniendo, agradecerá mi estómago que le resarza del abandono en que ha yacido.

Pero como debeis suponer, mis capitanes se encuentran en el mismo caso, y no dudo que tambien estarán invitados al festin.

La asistencia de tanta gente á aquel siniestro banquete, no convenia de modo alguno á Villafraña.

Se excusó, pretextando que no tenia víveres para tanta gente, y Hernan Cortés creyó de buena fe aquella disculpa.

Uno de los tlaxcaltecas que más cariño tenían al caudillo, que habia asistido á aquella escena, y que sin saber por qué

creía ver en aquel convite un riesgo para su persona, le dijo por medio del intérprete:

—Yo os ruego, señor, que si asistís à ese festin, no tomeis nada que no pruebe àntes el capitan Villafraña.

Cortés se burló de aquel temor, aunque dió gracias al cariñoso indio.

Un momento despues atravesaba las calles de la ciudad asido familiarmente del brazo de Villafraña, en cuyo alojamiento le aguardaban ya los infames conjurados.

Ya tenian designado el que habia de suceder à Cortés en el mando, y consumado el crimen pensaban apoderarse de uno de los bergantines para llevar la noticia à Diego de Velazquez, con cuya proteccion contaban.

Tomadas, pues, todas las precauciones necesarias para el buen éxito de la empresa, esperaban los cómplices de Villafraña, en tanto que éste, simulando sincero afecto, conducia á la víctima.

Pero la Providencia, que velaba por Cortés, no quiso permitir que llevase à cabo aquel horrendo crimen.

Un soldado de mala traza, y que segun los traspiés que daba y los ángulos que describia en su marcha, parecia hallarse embriagado, iba siguiendo à Cortés y su acompañante, sin que ni uno ni otro se apercibiesen de ello.

Al entrar en la plaza, y cerca ya de la casa adonde se dirigian, encaminóse en línea recta á los que le precedian, y al alcanzarles volvió á dar muestras de su vergonzoso estado.

Deseaba á toda costa que el caudillo reparase en él, y estaba seguro de conseguirlo, porque la embriaguez era uno de los delitos que más odiaba.

Soltóse bruscamente Cortés del brazo de Villafraña, y con ceñudo semblante trató de acercarse al soldado.

Este, en vez de aguardarles, se alejaba, aumentando la distancia que le separaba del indigno capitan.

—¿Cómo te atreves á presentarte en ese vergonzoso estado? le preguntó Cortés.

—Mi general, exclamó rápidamente el soldado, no vayais al alojamiento de Villafraña, porque pelagra vuestra vida.

Sorprendió aquella revelacion al ilustre caudillo; pero repeniéndose instantáneamente, corrió á reunirse con su traidor amigo, y le dijo con la mayor serenidad:

—Seré con vos al instante, Villafraña: voy á hacer que inmediatamente impongan á ese bribon la pena que merece su conducta.

—No os molesteis; encargaré á uno de mis subordinados que le conduzca donde gustéis.

—De ningun modo; quiero yo mismo ir para que su vergüenza sea mayor.

—En ese caso permitidme que os acompañe.

—Es un capricho ir solo. Aguardadme en vuestra casa, que pronto vuelvo.

Villafraña obedeció.

Un momento despues vió que Hernan Cortés se dirigia al fingido beodo, y à fuerza de empujones desaparecia por las calles inmediatas.

Cuando estuvieron seguros de que nadie les espiaba:

—¿Qué querias decirme? preguntó Cortés.

—Estais vendido; Villafraña es un traidor, y si os presentais en su alojamiento sereis asesinado vilmente.

Despues de dar gracias al soldado por su lealtad, se dirigió el héroe de nuestra historia en busca de sus capitanes.

No podia dudar de algunos de ellos, y llamándoles les notició lo que pasaba, preguntándoles si podia contar con su apoyo para hacer en los culpables un terrible escarmiento.

Todos se ofrecieron á ayudarle, y miéntras hacian enérgicas protestas contra aquel infame atentado, Hernan Cortés les dirigia escrutadoras miradas para ver si notaba en ellos complidad.

Un momento despues entraba el caudillo en la habitacion en que aguardaba el festin.

—Sentaos, dijo Villafraña, alargando cariñosamente la mano á su jefe.

Hernan Cortés correspondió á aquella invitacion, y al estrechar la mano de su falso amigo lo hizo con tal fuerza, que le obligó á lanzar un gemido.

—Teneis una mano de hierro, exclamó.

—Y una mirada de hielo, puesto que os hace temblar. Pero lo que no sabeis todavía, y os lo quiero probar, es que tambien poseo un corazon invulnerable al puñal de los asesinos, porque lo escuda esta penetracion que llega hasta el fondo del vuestro, y lee en él vuestra traicion, como en vuestra frente el miedo.

En seguida dió una voz, y penetrando en la estancia sus capitanes y muchos soldados armados, cercaron á los cómplices de Villafraña.

Cortés arrancó del pecho de éste la lista de los conspiradores.

La leyó, y á medida que avanzaba en su lectura exhalaba exclamaciones de admiracion y dolor.

Aunque nunca se supieron los nombres de todos los que formaban parte de aquella infame traicion, es de suponer que estaban comprometidos los que más pruebas de amistad le habian dado.

Villafraña y todos los que asistieron al banquete murieron ignominiosamente, y al preguntar Sandoval á Cortés, en presencia de los capitanes, quiénes eran los demas culpables.

—La lista, señores, exclamó el caudillo, se borró en el pecho de Villafraña. Los que pensaban ayudarle en tan vil conspiracion estoy seguro que lavarán la mancha de su honra, vertiendo á arroyos la sangre de los mexicanos.

## CAPITULO CXI.

Donde se verá que gracias á su elocuencia pudo calmar el conquis-  
tador de México la impaciencia de sus soldados.



REOCUPADO Cortés por la alevosia de que habia estado á punto de ser víctima, pero dando gracias á la Providencia por haberle proporcionado los medios de descubrir aquella infame trama, despues de oír misa, salió de nuevo con su ejército en direccion á la ciudad.

El tiempo que habia trascurrido en las escenas de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, lo habian empleado los mexicanos en desembarazar los puentes y hacer baluartes.

En el momento en que se retiraron los españoles, con picos y palas habian abierto lo que habian cegado aquellos, y con los materiales que sacaban construyeron albarradas.

De este modo, en breve tiempo, fortificaron la ciudad como estaba anteriormente.

Dos dias y dos noches habian empleado en esta faena, y como se hallaban faltos de sueño y cansados por las fatigas de la pelea, perecieron muchos durante las obras.

Mucho sintió Cortés tener que trabar una lucha para recuperar lo perdido; pero no quedándoles otro remedio, comenzó su peligrosa tarea.

Combatió dos puentes con sus albarradas, y aunque con gran trabajo, logró ganarlos.

Duró el combate desde las ocho de la mañana hasta despues de medio dia.

Se gastó toda la pólvora y balas, y todas las saetas que los hallesteros llevaban.

Mucho trabajo les costó cegar los puentes, porque al cansancio que sentían se unía el malestar que experimentaban por lo abrasador del día.

Al retirarse tuvieron algunas bajas.

Los enemigos cargaban sobre ellos como si fueran huyendo, y venían tan ciegos y luchaban con tal desesperación, que ni siquiera advertían las celadas que les ponían los de á caballo, en las que perecían á centenares.

Sin embargo de estas pérdidas, no retrocedían, y pugnaban por arrojar á sus enemigos de la ciudad.

Pedro de Alvarado ganó también en este día dos puentes de su calzada y quemó algunas casas, auxiliado por los bergantines.

También mató muchos enemigos.

Los españoles empezaban á cansarse de lo estéril de las luchas que venían sosteniendo, y se oían exclamaciones como estas:

—Yo no sé qué plan es el de nuestro caudillo, decía uno pero la verdad es que estas luchas no tienen término.

—Naturalmente, lo que ganamos en un día lo perdemos en otro.

—De qué nos sirve tomar un puente, destruir una albarrada, si al retirarnos dejamos á nuestros enemigos en libertad de apoderarse de nuevo de él, de construir nuevos baluartes?

—Mientras no conservemos el terreno ganado y asentemos nuestros reales á medida que vayamos avanzando, derramaremos nuestra sangre sin ventaja alguna.

—Además, no hay cuerpo que resista estas incesantes escaramuzas.

—¿Y qué decís, exclamaba un soldado gordiflon, de los peligros que corremos con tanto pasar á nado? Yo hasta ahora, á

Dios gracias, no me he visto en ese caso; de lo contrario, me hubiera ahogado, porque no es mi fuerte la natación.

—Es preciso que hagamos ver á Cortés lo equivocado que está en sus planes. Si no accede á que establezcamos nuestros reales en el terreno que vamos ganando, al menos que conservemos los puentes que vayamos tomando, reforzándolos convenientemente.

Estas palabras fueron acogidas benévolutamente, y nombraron á dos de los circunstantes para participar aquel acuerdo al ilustre caudillo.

Pidieron permiso para presentarse á él, y después de mil protestas de fidelidad, y disculpando su atrevimiento, le comunicaron la misión que les habían confiado sus compañeros.

—No me extraña ciertamente, que fatigados por las rudas luchas que venimos sosteniendo, empiece á debilitarse el entusiasmo en mis filas; pero voy á demostraros palpablemente que no es posible adoptar otro plan diferente del que seguimos.

Si asentásemos nuestros reales en la plaza, nos podrían cercar nuestros enemigos. La ciudad es grande, y el número de sus vecinos infinito. De forma que los que hemos venido á sitiar á la ciudad, seríamos á nuestra vez sitiados y pereceríamos de hambre.

Respecto á conservar los puentes que vamos ganando, se tropieza también con dos graves inconvenientes.

El número de españoles es muy reducido, y además, quedando cansados por las batallas que durante el día reñimos con los mexicanos, no podrían pelear de noche. Por otra parte, si confiásemos esta misión á nuestros aliados, sería dudosa la defensa y cierta la pérdida ó desbarate.

Por lo tanto, confiando en vuestra adhesión, en vuestro valor, en las infinitas pruebas de disciplina que me habeis dado desde que abandonamos la madre patria, cuento con vosotros para todas las eventualidades de la campaña, y al mismo tiempo os

aseguro que no tendreis que arrepentiros de haber seguido la inspiracion de vuestro jefe.

Los soldados se retiraron á comunicar á sus compañeros el resultado de su encargo.

La tranquilidad renació de nuevo, y los que más habian vituperado al ilustre caudillo fueron los primeros en reconocer lo acertado de su determinacion.

Cortés, como es de suponer, habia tenido que dominarse mucho para no castigar aquella falta de respeto de sus subordinados.

Pero no era esta la primera vez que se habia doblegado ante la fuerza imperiosa de las circunstancias; y por la otra parte, disculpaba el atrevimiento de sus soldados, en gracia del valor con que habian arrojado tan inminentes peligros.

Se hallaba reflexionando acerca de las funestas consecuencias que habrian sobrevenido si no hubiera logrado llevar el convencimiento al ánimo de los descontentos, cuando le sorprendió agradablemente la llegada de unos embajadores que mandaban los pueblos de Iztacpalapa, Mexicalcinco, Cuitlabac y otros lugares próximos á la laguna Dulce.

Veamos lo que habia pasado.

## CAPITULO CXII.

**En el que se da cuenta de las nuevas tribus que acudian á solicitar amistad con los españoles.**



RAN los de Chalco tan fieles amigos de los españoles, y sentian tan irreconciliable odio hácia los mexicanos, que convocaron muchos pueblos é hicieron cruda guerra á los de las ciudades citadas, que aún no eran aliadas de Cortés, por más que no le hubiesen hostilizado desde que puso sitio á México.

Por esta razon enviaron aquellos embajadores á conferenciar con el ilustre conquistador.

—Venimos á rogaros, gran señor, le dijeron, que nos perdoneis si no hemos acudido ántes á ofreceros nuestro respeto y sincera adhesion. Tributarios de México, no osábamos desobecer las órdenes del emperador, que continuamente nos amenazaba con crueles castigos si pactábamos alianza con vos.

Pero la fama de vuestras hazañas ha llegado hasta nosotros, hemos comprendido que debe ser un enviado del cielo el que ha podido llevarlas á cabo, y no hemos dudado en venir á solicitar paz y amistad, confiando en vuestra proverbial generosidad.

Al mismo tiempo, permitidnos que impetremos vuestro amparo.

Nuestros vecinos los de Chalco, y aliados vuestros, nos hacen cruda guerra. Mandadles que no nos molesten en lo sucesivo, toda vez que deseamos compartir con ellos, en vuestra defensa, las fatigas de los combates.